

Y diciendo esto, pasó con Khalugin á casa del general, en donde nosotros no les seguiremos.

Cinco minutos después, Khalugin estaba montado sobre un caballo cosaco, con ese aspecto un si es elegante, con el cual, como ya lo he hecho notar, todos los ayudantes de campo aparecían con tipo atrayente, y al galope partió al bastión para transmitir algunas órdenes y esperar la noticia de los resultados de las mismas.

El príncipe Galtzine, bajo la influencia que producen siempre sobre el espectador que no toma en ella una parte directa, los indicios de una cercana lucha, salió á la calle y, sin objeto ninguno, empezó á pasearse de arriba á abajo.

## VI

Algunos soldados trasladaban heridos en las camillas y sosteniendo á otros por el brazo. La calle estaba del todo oscura. Solamente algunas de las ventanas del hospital estaban entreabiertas, así como las celdas de los oficiales que estaban de guardia. En los bastiones seguía el mismo estallido de los cañones y fusiles, y numerosas bombas alumbraban el oscuro cielo. De cuando en cuando oíase el galope de un caballo, el gemido de un herido, el paso y las conversaciones de los camilleros, los lamentos de las mujeres enloquecidas de terror y de los habitantes que, en el dintel de sus puertas, miraban al cielo y escuchaban el bombardeo.

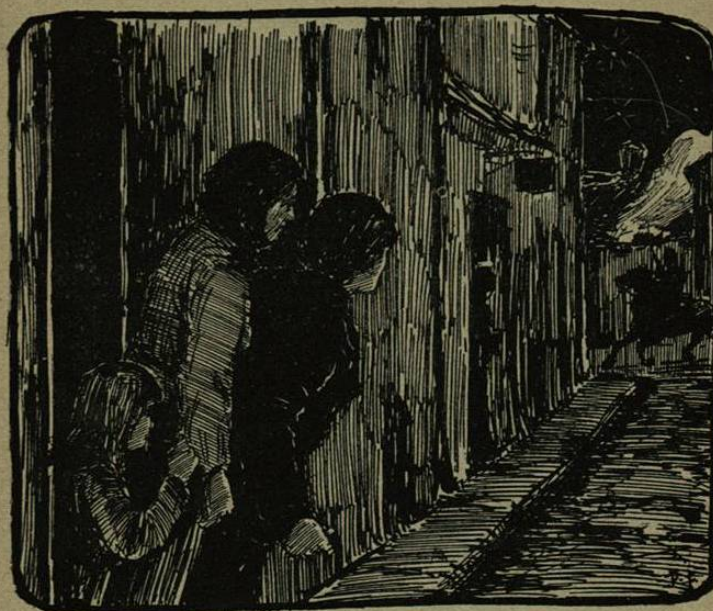
Entre estos últimos hallábanse nuestros conocidos Nihila y la vieja mujer del marinero, con la cual ya se había reconciliado, y su hija, niña de diez años.

—Oh, Señor! Oh, Santa Virgen María!—murmuraba suspirando la vieja, mientras sus miradas seguían el curso de las bombas que, como bolas de fuego, saltaban seguidamente de un lado y de otro.

—Qué maldad! Qué maldad! Oh! oh! oh! no puede siquiera compararse al primer bombardeo! Ah! la maldita, en dónde habrá estallado!... Justo, en los alrededores de nuestra casa, dentro de la población.

—No, un poco más lejos; en casa de la tía Arinka. Ya cayó días atrás una en su jardín,—dijo la niña.

—En dónde estará mientras tanto mi amo?—dijo Nihila con voz fuerte, cantante, todavía algo borracho. Ah! cuánto quiero yo á mi amo! Ni yo mismo lo sé bien, mas le quiero tanto, que si él muere,



Dios no lo quiera, credme, *abuelita*, no sé lo que haré, os lo juro! El sí que es un buen amo! A él sí que no se le puede comparar con estos que por ahí juegan á cartas! Esos, puf! helo aquí todo,—concluyó Nihila, mostrando la ventana alumbrada del aposento de su amo, en donde, en ausencia del capitán ayudante, el *junker* Joadtcheski, para festejar su condecoración, había invitado á los tenientes Ogrovitch y Nepchissetzki, que sólo estaba enfermo de una simple fluxión.

—Oh! las estrellitas! las estrellitas! Cómo ruedan!—dijo la niña, rompiendo el silencio que se había seguido á las palabras de Nihila, mientras miraba al cielo.—Miradla! miradla! otra que ha caldo! Por qué será esto? Ah! mamá!

—Serán capaces de destruir del todo nuestra pequeña casa,

—exclamó la vieja suspirando y sin responder á la pregunta de la niña.

—Mamá, cuándo iremos allá abajo con el tío?—continuó con voz melosa la niña;—allá ví un gran mortero en la sala, cerca del armario; seguramente lo tienen allí para meter miedo á los que quieran entrar en el aposento... Es tan grande que yo no pude levantarlo.

—Las que tienen marido ó mucho dinero se han marchado,—dijo la vieja;—he aquí la última casita que nos aplastarán. Mira! mira! cómo echa fuego el maldito! Oh! Señor! Señor!

—Al poco rato de haber salido nosotras, señor Nihila, cayó una bomba, que al estallar levantó un gran trozo de tierra que poco le faltó para que nos matara á mí y al tío.

## VII

Galtzine encontró cada vez mayor número de heridos; los unos en camillas, los otros á pie sostenidos por otros y todos hablando entre sí en voz alta.

—Cuántos han caído de los nuestros! Hermanos míos,—dijo con voz de bajo un soldado de alta talla, que llevaba colgados dos fusiles á la espalda,—en el momento de caer sobre nosotros, han gritado: «Allah! Allah!» (1). Trepaban verdaderamente los unos por encima de los otros. Muertos unos, otros subían detrás. Nosotros no podíamos ya. Nadie podía prever el fin...

En este punto Galtzine le detuvo preguntándole:

—Vienes del bastión?

—Seguramente, Vuestra Señoría...

—Y bien! Qué ha sucedido allá? Explicáte.

—Qué ha sucedido? Grandes fuerzas, Vuestra Señoría, se han acercado, han trepado por las rampas... y se acabó... Todo lo han aplastado, Vuestra Señoría.

(1) Nuestros soldados, durante la guerra con los turcos, se acostumbraron á los gritos de los enemigos y creyeron que los franceses también gritaban Allah!—*Nota del autor.*

—Cómo, que lo han aplastado todo? Pero vosotros los habréis rechazado?

—Quiá! cómo rechazarlos cuando toda su fuerza se nos ha echado encima? Han aplastado á los nuestros, que no recibieron socorro alguno.

El soldado se engañaba, puesto que nosotros ocupábamos la trinchera. Mas esto es una cosa que todo el mundo puede notar: el soldado herido considera siempre perdida la batalla y horriblemente sangrienta, sobrepujando siempre á lo real lo imaginado.

—Pues, cómo á mí me han dicho que los habíais rechazado?—exclamó con despecho Galtzine.—Puede ser que los hayan rechazado después de tu partida. Hace rato que estabas allá?

—Acabo de llegar, Vuestra Señoría,—respondió el soldado,—es poco probable lo que decís... La trinchera ha de caer hacia aquel lado... Ellos han de estar ya dentro...

—Eh! Cómo no os avergonzáis de no haber visto cómo se recobraba la trinchera? Esto es horrible!—exclamó Galtzine entristecido por tanta indiferencia.

—Qué hacer contra la fuerza?—murmuró el soldado.

—Eh! Vuestra Señoría,—exclamó otro soldado desde la camilla en dónde yacía tendido.—Cómo no han de haberse rendido cuándo lo han aplastado todo! Si hubiésemos recibido algunos refuerzos, jamás en la vida nos hubiéramos rendido. Mas, así, qué hacer? Yo he muerto á uno, mas de golpe me han herido á mí... Oh! oh! oh! Más dulcemente, hermano, más dulcemente. Oh! oh! oh!—exclamó gimiendo el herido.

—En efecto, me parece que son muchos los soldados heridos,—dijo Galtzine, llamando de nuevo al soldado de alta talla portador de los dos fusiles.—Por qué te alejas tú? Eh, detente.

El soldado se detuvo y con la mano izquierda quitóse la gorra.

—Dónde vas por aquí?—le gritó severamente.—Allá...

Pero en ese momento, acercándose más al soldado, vió que la mano derecha la llevaba vendada hasta la muñeca y ensangrentada hasta el codo.

—Estoy herido, Vuestra Señoría.

—Herido? Dónde?

—Aquí, probablemente de una bala,—respondió el soldado enseñando su brazo.—Además, ni yo mismo lo sé; me parece que estoy también herido en la cabeza; é inclinándose mostró sus cabellos ensangrentados y pegados por la sangre en la nuca.

—De quién es ese otro fusil?

—Es un fusil francés, Vuestra Señoría. Yo mismo lo he qui-

tado á un soldado... Yo no me hubiera marchado de allá arriba si no hubiese sido para acompañar á este hombre, que encontré herido,—añadió, señalando á otro soldado que marchaba algo más adelante sirviéndose de su fusil como de un bastón y que andaba con dificultad apoyándose en la pierna izquierda.

Galtzine experimentó de pronto una gran pena por sus suposiciones injustas, y ruborizándose se volvió, dejando ya de interrogar á los heridos, y, apartando de ellos la vista, dirigióse hacia la ambulancia.

Habiéndose franqueado camino hasta el dintel de la puerta por entre los heridos que marchaban á pie y los camilleros que entraban con heridos ó salían llevando muertos, Galtzine penetró en la primera sala, miró y al instante, casi involuntariamente, volvióse hacia la calle; aquello estaba horrible.

La larga y alta sala, muy sombría, pues sólo la alumbraban cuatro ó cinco bujías con las cuales los médicos se acercaban á los heridos para examinarlos, estaba del todo llena. Los camilleros conducían sin cesar heridos y más heridos y los colocaban uno al lado de otro en el suelo; el sitio era tan escaso que los infelices se empujaban y se ahogaban con la sangre unos de otros. Los mares de sangre que se percibían en los sitios vacíos, la febril respiración de aquellos centenares de hombres y la respiración fatigosa de los camilleros formaba una atmósfera especial, pesada, penosa, nauseabunda... mientras acá y allá de la sala brillaban pálidamente las luces de las bujías.

El murmullo de los gemidos, de los suspiros, de los estertores, interrumpido á veces por algún agudo grito, llenaba la sala. Los enfermeros, con rostro tranquilo, con la expresión suya particular, nada femenina ni lloricono, sino práctica, activa, pasaban con cuidado por entre los capotes y camisas ensangrentadas de los heridos, llevando las medicinas, el agua, las vendas y las hilas. Los doctores, con las mangas arremangadas, de rodillas ante los heridos y á su lado los enfermeros sosteniendo las bujías, inspeccionaban, palpaban, sondaban las heridas á pesar de los grandes gemidos y de los ruegos de los infelices.

En el momento en que Galtzine había entrado por la puerta de la sala, uno de los doctores estaba sentado cerca de ella, delante de una mesa é inscribía ya el número 532.

—Ivan Bogaiev, soldado de la 3.<sup>a</sup> compañía del regimiento S... *Fractura del fémur complicada*...—Luego se acercó á uno del extremo de la sala, y mientras le tentaba la pierna lastimada:—Lléváoslo.

—Oh! oh! *padrecitos!* Vosotros sois nuestros padres!—gritaba el soldado, suplicando que no se lo llevaran.

—*Perforatio capitis*... Simeón Neferdov, teniente coronel del regimiento N... de infantería.

—Sufrid un poco, coronel, pues de otro modo es imposible, tendría que dejaros,—dijo el médico, tanteando con un ganchito y con sumo cuidado la cabeza del infeliz teniente coronel.

—Ah! No lo hagáis! En nombre de Dios... Más aprisa! Ah! ah!

—*Perforatio pectoris*... Sebastián Serida, soldado... de qué regimiento? Pero, no lo inscribáis. *Moritur*. Lléváoslo,—dijo el doctor alejándose del soldado, el cual, con los ojos desencajados, dejó en aquel punto de respirar.

Cerca de cuarenta camilleros, esperando para llevarse los soldados curados al hospital y los muertos á la capilla, estaban de pie cerca de la puerta, silenciosos y de tiempo en tiempo suspiraban penosamente contemplando este triste cuadro.

## VIII

Siguiendo su ruta, cuando iba al bastión, Khalugin encontró muchos heridos, mas sabiendo por experiencia cuánto este espectáculo es pernicioso para el ánimo de los soldados, no solamente no se detuvo para interrogarlos, sino que procuraba no fijar su atención en ellos. Cerca ya de la colina encontró á un oficial de órdenes que, al gran galope, descendía del bastión.

—Zobkine! Zobkine! Atended un momento!

—Qué hay? qué me queréis?

—De dónde venís?

—De los alojamientos.

—Y cómo está aquello? Va vivo?

—Ah! es terrible.

Y el oficial alejóse al gran galope.

La fusilería parecía más débil, pero el cañoneo iba tomando nueva fuerza.

«Ah! que malo es eso», pensó Khalugin sintiendo lo desagra-

dable de la guerra, y enseguida se le ocurrió un presentimiento, el presentimiento común á todos, el presentimiento de la muerte.

Mas Khaluguin tenía mucho amor propio y sus nervios eran de cuero, en una palabra, podía aplicársele el adjetivo de «valiente»; no se abandonaba de ningún modo al primer impulso, y se alentaba recordando á un ayudante de campo de Napoleón, quien, después de transmitir sus órdenes á toda prisa, se acercó á Napoleón con la cabeza ensangrentada. «Estáis herido?» le preguntó Napoleón. «Os pido perdón, señor, pero estoy muerto» y diciendo estas palabras el ayudante de campo cayó exánime de su caballo.

Khaluguin hallaba este hecho muy hermoso, y en su imaginación creía ser como ese ayudante. Llevado de este impulso, dió un latigazo á su caballo y tomó un aire aun más bravo de *cosaco*, volvióse varias veces para mirar al cosaco que, tieso sobre los estribos, galopaba detrás de él, hasta que llegó, lleno de ansia de combatir, á un paraje en donde encontró á cuatro soldados que, sentados sobre unas piedras, fumaban su pipa.

—Qué hacéis aquí vosotros?

—Hemos conducido á un herido, Vuestra Señoría, y nos hemos sentado aquí un instante para descansar,—contestó uno de ellos, ocultando su pipa trás de su espalda mientras se quitaba el gorro.

—Si es así, ya habéis descansado bastante! Marchad á vuestros puestos!

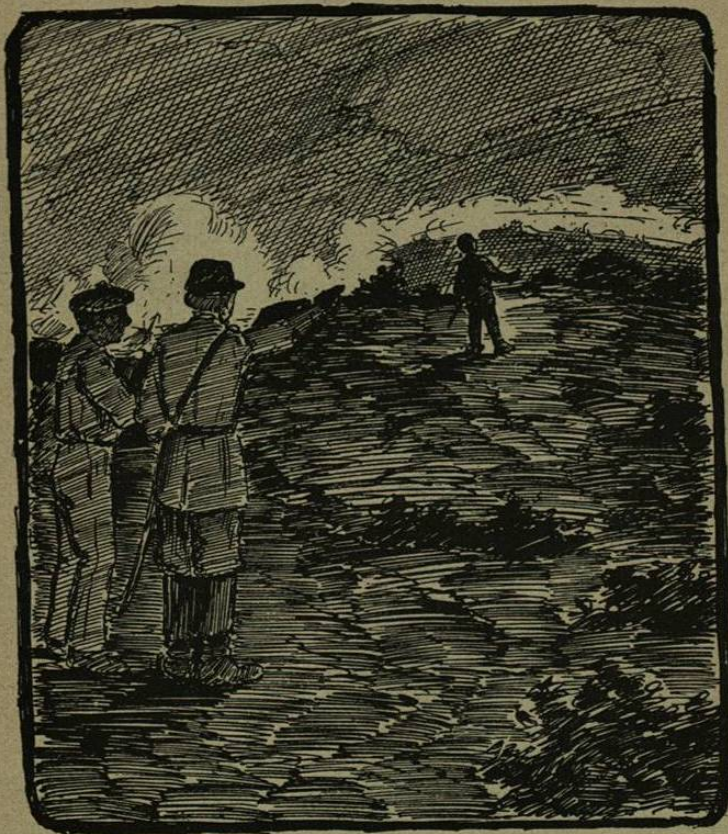
Con ellos y por las trincheras, subió la colina, encontrando á cada paso heridos y más heridos. Llegó á lo alto de la montaña, volvió á la izquierda y á los pocos pasos se encontró completamente solo. Muy cerca de él un estallido hizo retumbar la trinchera.

Una bomba se elevó delante de él y pareció que iba á caerle casi encima. De repente un gran miedo se apoderó de él y corriendo dió cinco ó seis pasos cayendo cuán largo era en el suelo. Cuando oyó estallar la bomba lejos del sitio en que había él caído, sintió gran rabia contra sí mismo y al levantarse miró si alguien le había visto caer, mas por su fortuna nadie había por allí.

Una vez el miedo ha penetrado en el alma le cuesta mucho ceder su puesto á otro sentimiento. El que se había jactado de no doblegarse jamás, á paso rápido, casi saltando, marchó hacia la trinchera. «Ah! esto es malo!» pensó en alta voz, «seguramente que aquí moriré». Sintiendo que su respiración se hacía difícil y que un sudor frío inundaba su cuerpo, procuró animarse y no dejarse vencer por tales sentimientos.

De pronto, delante de él, oyó rumor de pasos, entonces se enderezó levantando la cabeza y haciendo sonar bravamente su sable,

se puso á andar con más viveza que antes. Cuando se cruzó con un oficial de zapadores y un marinero y el primero le gritó: «A tierra!» mostrándole el punto luminoso de la bomba que se acercaba cada vez más rápida y más brillante, para caer cerca de la trinchera, él



sólo inclinó, involuntariamente, un poco la cabeza, bajo la influencia de aquel grito espantoso.

—He aquí un valiente,—dijo el marinero que, con mirada tranquila había visto caer la bomba, y que, juzgando que los trozos de la bomba no podían alcanzar la trinchera, no se tomó la pena de inclinarse.

Khaluguin no tenía que dar más que algunos pasos para atra-

vesar un pequeño terraplén ascendente y llegar al blindaje en donde se hallaba el comandante del bastión, cuando de pronto se sintió otra vez ofuscado por aquel miedo estúpido. Su corazón palpitaba más fuerte y la sangre se agolpaba á su cabeza y tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para llegar al bastión.

—Cómo estáis tan sofocado?—le preguntó el general, cuando le hubo transmitido las órdenes que llevaba.

—Porque he andado muy aprisa, Excelencia.

—Queréis beber un vaso de vino?

Khaluguin bebió el vaso de vino y encendió un cigarrillo. La batalla había terminado, sólo un fuerte cañoneo se oía aun por cada lado. Dentro del blindaje estaban sentados el general N..., el comandante del bastión y seis oficiales, entre los cuales hallábase Praskukhin hablando sobre los diversos detalles de la batalla. Sentado dentro de este comfortable aposento, tapizado de papel blanco y en el que se veía un diván, una cama, una mesa llena de papeles, un reloj de péndulo y dos sillones, delante de los cuales ardía una lamparilla; estudiando con la mirada los gestos de aquellos hombres ó las gruesas vigas del techo y escuchando los cañonazos que desde dentro del blindaje parecían muy débiles, á Khaluguin le parecía imposible que por dos veces se hubiese dejado dominar por una flaqueza de ánimo imperdonable. Enfadábase consigo mismo y deseaba encontrarse otra vez en el peligro para probar de nuevo su valor.

—Ah! estoy satisfecho de encontraros aquí, capitán!—dijo dirigiéndose á un oficial de marina con uniforme de Estado Mayor, grandes bigotes y ostentando la cruz de San Jorge en el pecho, que acababa de entrar en aquel momento en el interior del blindaje, pidiendo al general que le diese hombres para reparar una batería y limpiarla de escombros.

—El general me ha ordenado que os preguntara si vuestros cañones pueden tirar metralla sobre las trincheras,—le preguntó Khaluguin así que el jefe de la batería concluyó de hablar con el comandante del bastión.

—Sólo hay una pieza que pueda hacerlo,—respondió bruscamente el capitán.

—Cuando gustéis, pues, iremos á verlo.

El capitán frunció las cejas y murmuró:

—Toda la noche la he pasado allí y he venido para descansar un rato. No podrías ir solo? Allá abajo, mi ayudante, el teniente Kartz, os lo enseñará todo.

Desde hacía seis meses, el capitán comandante de esta batería,

una de las más peligrosas y mucho más por no tener blindaje, desde el principio del sitio, vivía en el bastión, sin haber salido ni una sola vez de él, habiendo adquirido entre los marinos una gran reputación de valiente.

A Khaluguin le sorprendió mucho su respuesta y en su imaginación formuló este pensamiento: «He aquí lo que son las reputaciones!» y con tono algo burlón dijo:

—Pues bien, iré solo, si me lo permitís.

Mas el capitán no hizo caso de sus palabras, ni del tono con que fueron pronunciadas.

Khaluguin no se hacía cargo de que él, en distintas ocasiones, sólo había pasado en el bastión unas cincuenta horas, mientras que el capitán vivía allí desde hacía seis meses, y además á Khaluguin le movía no poco la vanidad, el deseo de brillar, la esperanza de la recompensa, de la reputación y el encanto atractivo del peligro; mientras que el capitán había dejado ya muy atrás todas esas ilusiones; al principio también las había sentido, como todos, hacía el valiente, se arriesgaba esperando obtener merecida recompensa, pues la reputación ya la había adquirido, pero en el transcurso de aquel tiempo todos aquellos excitantes habían perdido su fuerza y hoy veía las cosas de muy distinto modo. Cumplía exactamente con su deber, y se daba muy buena cuenta de la suerte que había tenido en poder conservar su vida durante los seis meses que pasara en el bastión y no quería tentar la suerte exponiendo su vida sin estricta necesidad, de modo que fué el joven teniente, entrado en la batería la semana anterior, quien tuvo que enseñársela.

A éste le pareció diez veces más valiente el teniente que el capitán.

Khaluguin y el teniente, andando uno delante de otro, avanzaron hacia las trincheras y se encaramaron en las banquetas.

Después de haber inspeccionado la batería, al volver al blindaje, Khaluguin encontró al general, que, con sus ordenanzas, dirigíase hacia el punto de observación.

—Capitán Praskukhin,—dijo el general—os ruego que vayáis al alojamiento de la derecha y digáis al segundo batallón que trabaje allí, que deje el trabajo, salga sin hacer ruido y vaya á reunirse con su regimiento que está al pie de la montaña, en la reserva... Comprendéis? Conducidlo vos mismo hasta dicho punto.

—Está bien.

Praskukhin corrió á toda prisa hacia el sitio señalado.

Los cañonazos eran cada vez más escasos.

## IX

—Es este el segundo batallón del regimiento M...?—preguntó Praskukhin á los primeros soldados que acarreaban sacos de tierra, ya cerca del alojamiento.

—Sí, señor.

—En dónde está el comandante?

Mikhailov, oyendo que alguien llamaba al capitán de la compañía, salió del pequeño reducto en donde estaba y, tomando á Praskukhin por un jefe, se acercó á él saludando militarmente.

—El general os ordena... que deprisá... y sobre todo en silencio... os retiréis... no, que paséis á la reserva,—dijo Praskukhin lanzando una mirada oblicua en dirección á los fuegos enemigos.

Después de haber reconocido á Praskukhin, Mikhailov dejó caer su mano y comprendiendo de lo que se trataba, transmitió la orden; los soldados se agitaron cogiendo sus fusiles y capotes y el batallón ya formado púsose en marcha.

Quien no lo haya probado, no puede imaginarse el placer que se siente al poder alejarse, después de tres horas de bombardeo, de un sitio tan peligroso como lo eran aquellos alojamientos.

Mikhailov, que durante aquellas tres horas había creído muchas veces, y no sin fundamento, su *fin* inevitable, habíase habituado á la idea de que le matarían y de que no pertenecía ya á este mundo, y sin embargo tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que sus piernas echaran á correr, cuando delante de la compañía y al lado de Praskukhin salió de los alojamientos.

—Hasta más ver,—le gritó el comandante mayor del otro batallón que quedaba en el alojamiento, desde el cruce del parapeto en que estaba sentado comiendo queso.—Buen viaje!

—Os deseo una afortunada defensa! Parece que ahora se ha calmado eso.

Mas apenas acababa de pronunciar estas palabras, que el enemigo, sospechando sin duda un movimiento por el lado de los alojamientos, empezó un tiroteo cada vez más rápido. Los nuestros le respondieron y otro cañoneo muy fuerte recomenzó. Las estrellas

estaban ya muy altas, pero poco brillantes; la noche oscura, sólo los fogonazos y el estallido de las bombas iluminaban por un momento los diversos objetos. Los soldados andaban silenciosos y se apartaban involuntariamente el uno del otro. Entre los estallidos de las bombas que de un modo seguido se sucedían, oíase el ruido acompasado de las pisadas sobre el seco camino, los chasquidos de las bayonetas al chocar entre sí, el suspiro ó la plegaria de un soldado. «Oh, Dios! Dios! Señor! Qué es esto?» Por todas partes se oían los gemidos de los heridos y los gritos: Camilla! En sólo la compañía que mandaba Mikhailov, durante esta memorable noche, veintiséis soldados cayeron muertos por el fuego de la artillería.

Una llamarada ilumina el lejano y oscuro horizonte. El centinela grita: «Ca... ñón!» y la bomba, silbando por encima de la compañía, húndese en la tierra proyectando á su alrededor una lluvia de piedras.

«Que el diablo se los lleve! Con qué calma marchan! pensaba Praskukhin, volviendo la cabeza á cada momento, mientras andaba al lado de Mikhailov. Verdaderamente sería mucho mejor que echara á correr; yo ya he cumplido mi deber transmitiendo la orden... por lo tanto... mas no, después podrían decir que soy un cobarde. Venga lo que venga, no me muevo de su lado».

«Por qué se pone tan junto á mí? pensaba por su parte Mikhailov, he observado ya varias veces que la desgracia va con él; hela allí, cualquiera diría que esa bomba viene derecha á nosotros!»

Después de algunos centenares de pasos encontraron á Khaluguin que, haciendo sonar fuertemente su sable se dirigía hacia los campamentos, enviado por el general para enterarse de cómo avanzaban los trabajos, mas al encontrarse con los que de allí volvían, pensó que no tenía necesidad alguna de aventurarse bajo el terrible fuego que allí se sufría, ya que podía pedir á éstos detalles del sitio de donde venían; en efecto, Mikhailov le dió todos los detalles apetecidos acerca de los trabajos realizados. Khaluguin, después de haber andado un rato á su lado, volvióse por la trinchera que conducía al blindaje.

—Y bien, qué hay de nuevo?—le preguntó un oficial que estaba cenando dentro del aposento.

—Nada, parece que no sucederá nada nuevo.

—Cómo nada? Al contrario, el general acaba de llegar de allá arriba. Otro regimiento más ha llegado... atended... no oís de nuevo la fusilería? No habéis ido allá arriba?... por qué?—preguntó el oficial fijándose en el gesto que hizo Khaluguin.

«Quizás debí haber dicho que había estado allá! pensó Khalu-

guin; mas por hoy ya he corrido demasiadas aventuras. Qué fusilería más horrible!»

—En efecto, creo que será mejor que les espere aquí,—añadió en voz alta.

Veinte minutos después el general estaba de vuelta con sus ayudantes, entre los cuales estaba el *junker* barón Pest, pero á Praskukhin no se le volvió á ver. Los campamentos habían sido otra vez ocupados por los nuestros.

Después de haber recibido reseñas detalladas de la batalla, Khalugin y Pest salieron del blindaje.

## X

—Tenéis el capote manchado de sangre; os habéis batido al arma blanca?—le preguntó Khalugin.

—Oh! esto es terrible, no podéis llegar á imaginároslo...

Y Pest púsose á contarle cómo él condujo la compañía, cómo había muerto el comandante, del modo cómo había matado á un francés y cómo sin más ni más todo se había perdido.

Las grandes líneas de lo por él explicado, la muerte del comandante de la compañía y la del francés muerto por Pest, eran exactas, pero en cuanto á los detalles, el *junker* procuró aumentarlos en todo lo que pudiera glorificarle.

Si se alabó demasiado quizás fué involuntariamente, porque durante todo el combate se encontró como si le envolviese una niebla que le sumergiera en la inconciencia, hasta tal punto, que todo lo que pasó le parecía hacer ya tiempo que había sucedido. Era, pues, natural que procurara presentar los detalles de aquella jornada lo más favorables para él. Pero nosotros expndremos las cosas tal y cómo sucedieron.

El batallón á que el *junker* fué designado para tomar parte en la salida, durante dos horas aguantó el fuego enemigo detrás de un muro; después el comandante del batallón, que se hallaba al frente, pronunció algunas palabras; los comandantes de las compañías repitieron la orden, el batallón movióse, salió del parapeto y adelantando cien pasos se detuvo y formóse en columnas por compañías.

A Pest le ordenaron que se mantuviese en el flanco derecho de la segunda compañía.

No dándose cuenta ni del lugar en donde estaba ni el por qué de aquella salida, el *junker* ocupó su puesto y reteniendo involuntariamente el aliento mientras que un glacial escalofrío recorría su espalda, inconscientemente miró hacia la lejana oscuridad previendo algo terrible entre aquella sombra. No es que sintiera miedo, puesto que no se ofan los disparos de la fusilería enemiga, era más bien una sensación de extrañeza al pensar que se hallaba fuera de los fuertes y en pleno campo. De nuevo el comandante del batallón, que continuaba al frente, pronunció algunas palabras; los oficiales se miraron y cuchicheando transmitieron las órdenes que se les acababa de dar y súbitamente el negro lienzo que formaba la primera compañía se bajó: había recibido la orden de tenderse en el suelo, la segunda la imitó y al hacerlo Pest hirióse la mano con un espino.

Sólo el comandante de la segunda compañía se mantuvo en pie; su pequeña figura, con el sable tendido, que agitaba sin cesar de hablar, movíase delante de la compañía.

—Hijos míos! Atención! Sed valientes como yo! No disparéis los fusiles, abordemos á estos canallas con las bayonetas! Cuando yo grite *hurra!* seguidme todos, que nadie recule... Manteneos apretados, unidos. Nosotros, aunque nos hagamos visibles, no caeremos en el fango. Ea! hijos míos, por el Zar, por nuestro padre!

—Cómo se llama nuestro comandante?—preguntó Pest al *junker* que estaba tendido á su lado.—Es todo un valiente!

—Sí, en la batalla siempre es igual, se llama Lisinkovsky,—respondió el *junker*.

En este momento, delante de la compañía, brilló de súbito una llamarada seguida de un estallido que ensordeció á toda la compañía. Arriba, en el espacio, volaron las piedras y los cascos de una bomba tirada desde el punto de elevación y el hecho de caer tan cerca de la compañía probó que los franceses habían visto ya la columna; una de las piedras caídas de lo alto destrozó la pierna de un soldado.

—Ah! lanzad bombas! Pero dejadnos acercar un poco á vosotros y entonces, malditos! probaréis la bayoneta rusa!—exclamó en alta voz el jefe de la compañía, de modo que el comandante del batallón le mandó á decir que se callara y no metiera tanto ruido.

Después de esto, la primera compañía levantóse, luego la segunda y el batallón, recibida la orden de bajar las armas, púsose en marcha. Pest, lleno de pavor, ni se dió cuenta del tiempo que